

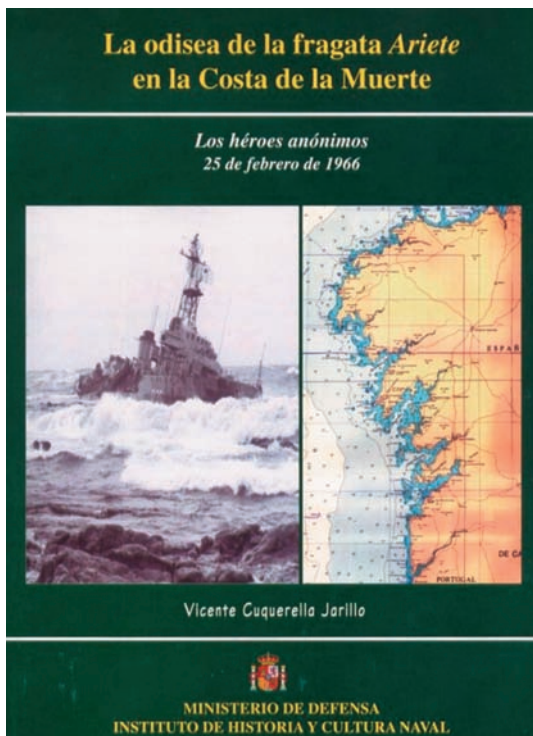


## BREVE NOTA SOBRE EL SALVAMENTO DEL ARIETE

Manuel NOYA GARCÍA  
Catedrático de Neurología  
Universidad de Santiago de Compostela



L Instituto de Historia y Cultura Naval del Ministerio de Defensa publicó, en 2003, el libro *La odisea de la fragata Ariete en la Costa de la Muerte*, con el subtítulo de *Los héroes anónimos*, obra póstuma del vicealmirante Vicente Cuquerella Jarillo. En su contraportada leemos (cito literalmente) que el «naufragio de la fragata Ariete, el 25 de febrero de 1966, en las rompientes de la Costa de la Muerte, entra a formar parte de aquellos acontecimientos en los que el valor, la pericia y el arrojo de la gente de mar muestra más rotundamente el temple forjado en las más puras virtudes castrenses, y, particularmente,



marineras. Es éste un hecho de armas glorioso, con circunstancias que rozan el heroísmo, en el que la mar, con su peor cara, puso a prueba una vez más el carácter y la preparación de estos hombres para hacer frente a la hostilidad del medio, y reveló el comportamiento solidario para salvar vidas de las gentes de los pueblos cercanos de Lira y Carnota, curtidas por la meteorología adversa que azota sin piedad la costa de Finisterre durante gran parte del año.

El libro describe magníficamente las peculiaridades de construcción del navío, las dificultades de las previsiones meteorológicas en la fecha, la peligrosa geografía de la costa gallega, el inesperado temporal extremadamente duro que hubo de afrontar, el mecanismo de la avería, la pérdida de

propulsión del barco, al garete en un área erizada de escollos con olas de doce metros y vientos de 150 km/h, los heroicos intentos de remolque, especialmente por la fragata *Legazpi*, la varada en los bajos de Ardeleiros, y el salvamento de los 168 tripulantes transportados a través de un calabrote tendido entre el barco y una roca, con ayuda de las mujeres y los hombres de las poblaciones costeras.

En la página 99 del libro se señala que «Había dos médicos, uno el alcalde y otro, al que desconozco, que también acudió al puesto de socorro».

El 25 de febrero de 1966 yo era un joven licenciado en Medicina que realizaba mis prácticas como alférez médico de Complemento, después de la instrucción durante dos veranos en el campamento de Monte la Reina de las Milicias Universitarias, en un destino denominado Eventualidades Médicas de la Octava Región Militar. A primeras horas de esa noche dormía en la Residencia de Oficiales de la Agrupación de Sanidad de La Coruña. Recibí la orden de dirigirme, con cuatro ambulancias y sanitarios, a una acción de socorro en un naufragio de un buque de guerra en la costa entre Muros y Finisterre. Salimos inmediatamente, en medio de una fuerte borrasca, a recorrer el

trayecto La Coruña-Santiago-Muros-Lira por las tortuosas carreteras de Galicia (nada que ver con las autovías o autopistas actuales). Desde la villa de Noya la carretera discurre próxima a la costa de la ría. A lo largo de la misma pude ver, alertados por los movimientos insólitos de tráfico militar y ambulancias, a numerosas personas que permanecían de pie observando con rostros expectantes. Nosotros tampoco sabíamos con qué nos íbamos a enfrentar.

Llegamos a un punto próximo a la localidad de Lira, donde había una gran actividad de militares, con uniformes de la Marina, y civiles, así como numerosos vehículos. Fuimos recibidos por un oficial, que nos indicó los lugares donde era requerida nuestra presencia.

La carretera estaba a unos mil metros de la costa. La oscuridad era extrema, y ya próximos al mar caminamos sobre grandes rocas irregulares.

Los faros de tractores y seguramente algún reflector hasta allí transportado iluminaban pobremente, a quizá cien metros mar adentro, al navío, escorado sobre los escollos, visible en forma groseramente paralela a la de la costa. En la cubierta inclinada podía vislumbrarse parte de la tripulación aparentemente formada mientras esperaban el turno de ser evacuados. En la popa del barco había resplandores que atribuí a un pequeño incendio o a chispazos eléctricos. Las ráfagas de viento eran violentas. De vez en cuando las olas pasaban por encima de la cubierta de la fragata, ocultándonos la vista de la formación de marineros.



Con ayuda de un proyectil de fogueo se había lanzado un cabo desde el barco hasta tierra, que sirvió como guía para tender un calabrote, amarrado en un extremo a la base de una ametralladora (como supe después) y en el otro a una roca ya en tierra.

Los marinos se deslizaban sobre una silla metálica de transporte, de dos en dos, que cobraban desde tierra los brazos de los socorristas. Eran azotados por el oleaje, y presencié la caída de algunos al mar, y cómo se lanzaron a extraerlos del agua bravos marineros, formando cadenas humanas.

La maniobra se repetía una y otra vez, y duró varias horas. En el último transporte llegó el capitán del navío.

Los marinos empapados en agua fría, ateridos y cansados fueron llevados en su mayoría a casas particulares, donde se les suministraron bebidas calientes, ropa y mantas. La asistencia médica se limitó a combatir la hipotermia y a tratar algunas contusiones o pequeñas heridas. Después fueron trasladados por tierra al Hospital Naval de Marín.

No hubo bajas en toda la tripulación del *Ariete*.

No detecté en ninguno de los naufragos que asistí crisis de ansiedad o estados emocionales anormales.

Han transcurrido muchos años desde aquella jornada, pero cuando la evoco sigo sintiéndome profundamente impresionado por la imagen de aquellos hombres que mostraron tanta serenidad, disciplina y compañerismo en unas circunstancias tan peligrosas. Los veo en mi memoria firmes en la cubierta, esperando el momento de realizar el inseguro transporte sobre las olas tumultuosas con medios tan precarios.

Recuerdo que, ante tal ejemplo, aquella noche me prometí a mí mismo no quejarme nunca más de las pequeñas adversidades a que nos somete el transcurso de la vida.

